

RESEÑA

Abraham Madroñal Durán, *El renacer del Fénix: «Yo he hecho lo que he podido, Fortuna lo que ha querido»*. Una nueva comedia de Lope de Vega, Ediciones de la Universidad de Valladolid-Ayuntamiento de Olmedo, Valladolid, 2021, 237 pp. ISBN: 9788413201337.

JAVIER HUERTA CALVO (Universidad Complutense
de Madrid-Instituto del Teatro de Madrid)

DOI: <<https://doi.org/10.5565/rev/anuariolopedevega.498>>

Ya queda menos para el cuarto centenario de la muerte de Lope de Vega. Algunos, si llegamos, llegaremos ya muy mayores, pero seguro que felices por lo mucho que, en estos últimos treinta años, se ha hecho desde la filología en pro del Fénix, sobre todo desde la fundación, en 1989, del grupo barcelonés PROLOPE, dirigido por el gran maestro que fue Alberto Blecua. Dar cuenta del *status quaestionis*, después de la investigación llevada a cabo por lopistas de ese equipo y de otros, sería el cuento de nunca acabar. Como lo será, pero ya menos, el llegar a constatar la existencia de las quinientas, seiscientas —o vaya usted a saber— comedias que salieron de la pluma de Lope. Pero poco a poco van apareciendo títulos perdidos en manuscritos o impresos; se van resolviendo falsas atribuciones o recuperando la autoría de otras, a otros atribuidas. Una fascinante maraña de problemas en cuya solución se encuentran investigadores como Felipe B. Pedraza, Alejandro García-Reidy, Ramón Valdés, Teresa Ferrer Valls, Germán Vega García-Luengos, Daniele Crivellari, Fausta Antonucci (perdónensenos los olvidos, que son legión), y ahora Abraham Madroñal Durán, con esta nueva obra renacida del Fénix.

Aparece este libro de Madroñal en la colección «Olmedo clásico», que publican las Ediciones de la Universidad de Valladolid y el Ayuntamiento de Olmedo. No sé el número que ocupa este sello editorial en los ránquines que hoy otorgan la franquicia de cátedras y demás prebendas académicas. Tampoco me importa mucho,

pero los diecisiete volúmenes hasta ahora publicados la acreditan ya como colección de referencia para el lopismo contemporáneo. No es cosa menor el que vaya unida al festival que fundó y sigue dirigiendo con acierto y brillantez el profesor Germán Vega: un acontecimiento que congrega a académicos y profesionales del teatro en un formato de encuentros en los cuales la erudición no riñe sino que dialoga felizmente con los responsables de subir a las tablas el teatro clásico.

En cuanto a *Yo he hecho lo que he podido, Fortuna lo que ha querido*, me atrevo a decir que el título es lo mejor de esta comedia que, firmada por el comediante Miguel Bermúdez, recupera para el corpus lopesco Abraham Madroñal, luego de un exhaustivo análisis que no olvida ninguna de las perspectivas que puedan confirmar la autoría de Lope en un noventa y nueve por ciento: ecdótica (pp. 39-44), ortológica (pp. 76-80), estilométrica (pp. 80-83), métrica (pp. 84-91) e, incluso, la muy de mi agrado onomasiológica (pp. 91-92). Pero hay también motivos sociológicos, políticos y económicos que explicarían el que la comedia corriera a nombre de Bermúdez, primer actor en la compañía de José de Salazar, alias *Mahoma*. Todo ello lo considera con minuciosidad encomiable el crítico (pp. 24-32 y 92-99). Si las penurias del cómico pudieron llevarle a vender el manuscrito de la comedia por él interpretada al librero Francisco de Lyra, las políticas —el ascendiente del Gran Capitán en la familia del duque de Sessa y su hermano Gonzalo Fernández de Córdoba, malquistos del rey y la nobleza— explicarían que Lope no hiciera sangre con la suplantación: «Un Lope siempre atento a llevarse bien con los poderosos para no desaprovechar ninguna oportunidad que se le pudiera presentar podía de esta manera nadar y guardar la ropa, es decir, facilitando, o no poniendo trabas, para que la defensa del hermano de su señor prosiguiera, ahora por medio de la imprenta, aunque la comedia apareciera a nombre de otro» (p. 43).

Pero, además, Madroñal no se conforma con apurar estas razones para una nueva atribución, según el rigor científico que caracteriza sus estudios, sino que la sitúa en el corazón mismo de ese fascinante Lope *de senectute* (pp. 19-24): un poeta que alcanza los setenta años en plenitud creadora, algo que solo es propio de los elegidos, sobre todo cuando tocamos el género teatral, pero que al tiempo sufre la marginación de los jóvenes emergentes: «Continuamente se quejaba el viejo poeta de los “pájaros nuevos”, con Calderón a la cabeza, los autores más jóvenes que saqueaban sin piedad sus obras —según su opinión— para componer las suyas y que estaban imponiendo otra estética más acorde con los nuevos tiempos» (p. 20).

El profesor Madroñal traza —siempre sobre la plantilla de la comedia— la poética del Fénix en su última «vuelta del camino»: la del dramaturgo que, tras horas miles de vuelo, es capaz de contradecirse a sí mismo; es decir, transgredir los principios que sustentó en el *Arte nuevo*, haciendo ahora guiños a la preceptiva antigua. Por supuesto, hay rasgos de su personalidad que permanecen: así, por caso, la burla del culteranismo (vv. 442-457, notas 115 y 122), pero que ahora alterna con la burla de sí mismo (véanse, por ejemplo, los vv. 608-648, nota 163, y los vv. 1312-1367, nota 330). Y no poco patéticos resultan los esfuerzos del hombre, acuciado por sus malas finanzas, que lo llevan a pedir el amparo de su inseparable duque de Sessa, pero a la vez de otros mecenas mejor situados, como el conde-duque de Olivares. También la acomodación de su genio a las circunstancias, que para no perder comba en el mundillo teatral emprende la escritura en colaboración «para seguir disfrutando del favor del público, cosa que cada vez le quedaba más lejos» (p. 24).

Es el Lope de *La Dorotea*, recientemente llevado a las tablas por Ignacio Amestoy: el que sigue haciendo compatibles el ansia de amar con la voluntad de trascendencia. En esta última dirección se explican obras de contenido religioso como los *Soliloquios amorosos* (1626) o la *Corona trágica* (1627), en las que «quiere mostrar otra imagen de sí mismo, más en consonancia con el puesto de cronista real pretendido que haga olvidar al sacerdote amancebado que había estado en boca de todos» (p. 26). Es el Lope que llega a la quintaesencia de su visión bifronte del mundo, escribiendo esos portentos de comedia cómica que son *La noche de San Juan* y *Las bizarrias de Belisa*, y al tiempo esa formidable tragedia, «obra maestra del teatro universal» —en palabras de Germán Vega, que firma el prólogo de este volumen (p. 9)— que es *El castigo sin venganza*.

El aluvión de pruebas que alega Madroñal en pro de la autoría del Fénix sobre esta comedia —cito una más: la inclusión en ella, por ejemplo, de poemas no publicados que solo Lope podía tener en su poder (pp. 58-76)— es inobjetable, y hace de la edición crítica que comento una aportación extraordinaria a los estudios lopistas del siglo XXI. Ya queda menos —decía al comenzar esta reseña— para el centenario de la muerte de Lope. Seguro que para entonces dispondremos al fin de una magna edición de su obra, que nunca será completa, pues seguirán apareciendo nuevas criaturas expósitas, como esta hoy rescatada de *Yo he hecho lo que he podido, Fortuna lo que ha querido*.